

## **DOMINGO XVII DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (1º Reyes 4, 42-44): *Comerán y sobraré.*

**Salmo** (144, 10-11.15-16.17-18): *«Abres tú la mano, Señor, y nos sacias».*

**2ª lectura** (Efesios 4, 1-6): *Mantener la unidad del Espíritu.*

**Evangelio** (Juan 6, 1-15): *Decid a la gente que se sienten.*

Ya en el Antiguo Testamento en tiempos de los profetas se habla del hambre de muchos y de las escasas reservas en manos de otros. Se tiene cierta preocupación, traducida en resistencia, a entregar estas reservas en favor de los hambrientos y se arguye que no basta para todos.

El profeta Eliseo no admite para sí lo que necesitan los hambrientos y ordena a su criado que lo reparta a la gente para que coman. El profeta sabe que este pan es del Señor, y que es Él el que da de comer a aquellos que le están aguardando puestos sus ojos en Él.

El Señor sabe que comerán todos y sobraré, pues Él, el Señor abre sus graneros y sacia de favores a todos los vivientes. Pero siendo importante el comer no es la razón del vivir, sino al contrario; *“comemos para vivir, no vivimos para comer”*. Esto hace que la comida, la ingestión y digestión, del pan del cielo ha de convertirse en mejor calidad de vida de todos aquellos que lo reciben.

Siendo el pan el alimento fundamental del cuerpo, al comer todos del mismo pan vamos de alguna manera identificando nuestro cuerpo con el pan que nos alimenta. La idea de compartir el pan lleva consigo una compenetración entre todos de algo común y que es causa de la vida que nutre dicho pan.

Desde el comienzo de nuestra historia religiosa, allá por los tiempos de nuestros antepasados en Egipto, una preocupación importante de nuestra comunidad ha sido la de entender bien cómo podemos expresar, vivir nuestra fe en Dios y relacionarnos con Él. No ha sido fácil.

De hecho, todavía hay mucha gente confusa con esta cuestión, porque en las religiones, esto de la relación con Dios, se llama culto y se realiza en algún lugar designado para eso que se llama templo. Pero en la Biblia, el culto se realiza en la historia, es decir, en la vida social.

Así nos lo enseñó Dios cuando comenzó a relacionarse con nosotros en las cosas que nos ocurren y conforma nuestra vida, sobre todo en la relación que tenemos con los más necesitados. Esto chocaba mucho con la mentalidad religiosa común, por eso los profetas tuvieron que dedicar mucho tiempo a decirlo y explicarlo. Aun así, de cuando en cuando, lo olvidamos y alguien nos lo tiene que recordar.

Cuando nos dirigimos a Dios en la persona de los necesitados y descubrimos sus necesidades tan graves, hay quienes se vuelcan de tal manera que ponen todo su empeño, y su cabeza, en buscar soluciones contando con muy pocos medios. Y sin tener una explicación clara, a veces, ocurren cosas, *“casualmente”*, que desconciertan incluso a quien está al frente de esa acción, pero cuyo resultado desborda lo esperado.

La escena que nos presenta el evangelio de Juan nos recuerda el lenguaje de la institución de la Eucaristía: *«Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias, y lo repartió...»*. Estamos en un contexto de celebración eucarística, donde el relato pone de relieve la razón de signo de lo ocurrido en la montaña a la orilla del lago. No se trata pura y exclusivamente de solucionar un problema mediante un *“milagro”*; Jesús no ha solicitado el aplauso de la muchedumbre hambrienta y saciada extraordinariamente, antes bien rechaza esta lectura triunfalista del milagro.

El relato resalta la implicación personal de aquel muchacho que con toda ingenuidad brinda todo lo que tiene para ayudar a solucionar el problema vital y concreto del hambre de la muchedumbre; es poco para tanta gente, pero suficiente para Jesús que convertirá este poco de pan en comida suficiente para todos los asistentes.

Demos un paseo por el Tercer Mundo y veamos las obras que, en los lugares más alejados y en el interior de selvas americanas o de zonas rurales de África, llevan a cabo algunas monjas frágiles y hasta ancianas. Veamos, también, lo que un anciano misionero está haciendo desde hace varias décadas. Cientos de niños y jóvenes que reciben educación, comida, asistencia médica, acogida en su orfandad...

Son auténticas multiplicaciones de panes y peces al estilo de Eliseo y de Jesús. No son obras mágicas ni palabras abracadabrantas. Son la expresión de un empeño en atender las necesidades de los *“pobres”* como forma de oración y de evangelización, es decir, de culto, que Dios bendice y acompaña con signos que reflejan su presencia y acompañamiento.

Hay quien queda deslumbrado por el signo externo que denota poder. Hay quien, en cambio, consigue penetrar en el significado profundo de ese acontecimiento y descubrir que allí, cuando la gente come, se está mostrando otro alimento que tiene que ver con el hambre de Dios que llevamos dentro y que solo sacia el Dios de la vida. El Dios Padre de Jesús.

El pan bajado del cielo nutre y acrecienta la solidaridad entre los que lo reciben dignamente; no cabe escatimar frente a los demás la experiencia viva de un Dios generoso que nos ha saciado con sus dones.